

Porque nos ha nacido un niño

Isaías 9:1-7

Pastor Tim Melton

⁶ Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo; la soberanía reposará sobre sus hombros, y se le darán estos nombres: Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.

⁷ Se extenderán su soberanía y su paz, y no tendrán fin. Gobernará sobre el trono de David y sobre su reino, para establecerlo y sostenerlo con justicia y rectitud desde ahora y para siempre. Esto lo llevará a cabo el celo del Señor Todopoderoso.

(Isaías 9:6-7)

Cada Navidad se leen estos versículos en la mayoría de las iglesias alrededor del mundo, pero ¿qué es lo que en verdad significan? ¿A quiénes fueron escritos? ¿Cuál es la necesidad de una promesa tan grandiosa? Si no estamos atentos, escuchamos los versículos y nos quedamos satisfechos con su sentido superficial, sin conocer su significado más profundo.

Cuando estudiamos la Biblia una de las preguntas más importantes para hacernos es: ¿qué significaban estos versículos para los oyentes de la época? Y esto se aplica a estos versículos también. Veamos ahora la situación histórica en la que estas preciosas palabras de Navidad fueron dichas.

En los años posteriores a la entrada de Israel en la tierra prometida, fueron liderados primero por los jueces, y después eventualmente por el Rey Saúl, el Rey David y el Rey Salomón. Después de la muerte del Rey Salomón surgió un problema y la nación de Israel se dividió en 2 facciones. El Reino del Norte estaba constituido por 10 de las 12 tribus y mantuvo el nombre de Israel. Las 2 tribus restantes, Judá y Benjamín, eran el Reino del Sur, que fue conocido como Judá. Jerusalén era la capital de Judá. Aunque tanto Israel como Judá tenían el problema de la adoración a otros dioses, Israel, el Reino del Norte, creció en su maldad llegando a un nivel aún más alto.

En este tiempo, alrededor del año 720 a. C., un hombre llamado Isaías era uno de los profetas que Dios usaba para hablar al pueblo de Judá. En Isaías 7-8, leemos como *“Rezín, rey de Siria, y Pécaj hijo de Remalías, rey de Israel, subieron contra Jerusalén para atacarla.” “Se estremeció el corazón de Acaz (rey de Judá) y el de su pueblo, como se estremecen por el viento los árboles del bosque.”*

Estos eran días oscuros para el pueblo de Judá.

Dios, hablando por medio de Isaías, dijo a los de Judá que no tuvieran miedo. Judá no llegaría a ser conquistado. Y después les advirtió, diciendo: *“Si vosotros no creéis en mí, no permaneceréis firmes.”* Esto nos recuerda a Santiago 1:6-7: *“Pero que pida con fe, sin dudar, porque quien duda es como las olas del mar, agitadas y llevadas de un lado a otro por el viento. Quien es así no piense que va a recibir cosa alguna del Señor.”* Es por fe que nos mantenemos firmes en medio de los tiempos difíciles. Cuando nos acercamos a Cristo nos es dada la fe que es necesaria para confiar en Dios.

Para empeorar aún más las cosas, muchos de los habitantes de Judá se habían apartado de la provisión de Dios y ahora envidiaban a los líderes de Israel y Siria, que adoraban a otros dioses y tenían un gran éxito mundano. Isaías 8:6-8 nos dice:

“Por cuanto este pueblo ha rechazado las mansas corrientes de Siloé y se regocija con Rezín y con el hijo de Remalías, ⁷ el Señor está a punto de traer contra ellos las impetuosas crecidas del río Éufrates: al rey de Asiria con toda su gloria. Rebasará todos sus canales, desbordará todas sus orillas; ⁸ pasará hasta Judá, la inundará, y crecerá hasta llegarle al cuello. Sus alas extendidas, ¡oh Emanuel!, cubrirán la anchura de tu tierra.”

Las “aguas de Siloé” eran unas aguas puras y limpias que venían de un pequeño estanque que estaba en las afueras de Jerusalén. Era un símbolo de la pura y simple agua viva que Dios había provisto para el pueblo de Judá. Muchos de los de Judá habían decidido que las suficientes provisiones de Dios nos les bastaban, y deseaban las impías cosas del mundo que el Reino del Norte y Siria tenían para ofrecer. Por esto el Señor iba a traer contra ellos las aguas impetuosas del gran Río Éufrates, que pertenecía al gran reino pagano de Asiria.

Dios iba a usar Asiria para conquistar tanto Israel como Siria. Y puesto que muchos líderes y personas de Judá también estaban volviendo su interés hacia las cosas impías del mundo, Asiria también vendría para barrer la tierra de Judá y traer gran destrucción. Esta era una terrible profecía.

Los asirios tenían varios dioses, pero su dios principal era Ashur, el dios de la guerra. Por eso, cada acción de guerra era considerada como un acto de adoración. Eran conocidos por sus actos crueles y sanguinarios. Los registros históricos nos dicen lo siguiente:

“En contienda y conflicto, yo sitié [y] conquisté la ciudad. Derribé 3.000 de sus guerreros con la espada... yo capturé muchas tropas con vida: Corté las manos y los brazos de algunos; corté la nariz, orejas [y] extremidades de otros. Saqué los ojos de muchas tropas. Hice una pila de los vivos [y] uno de cabezas. Colgué sus cabezas en los árboles alrededor de la ciudad.”¹

Encontramos la descripción que Nahúm hace de Nínive, la capital de Asiria, en Nahúm 3:

¡Ay de la ciudad sedienta de sangre, repleta de mentira, insaciable en su rapiña, aferrada a la presa! ² Se oye el chasquido de los látigos, el estrépito de las ruedas, el galopar de los caballos, el chirrido de los carros, ³ la carga de la caballería, el fulgor de las espadas, el centellear de las lanzas, la multitud de muertos, los cuerpos amontonados, los cadáveres por doquier, en los que todos tropiezan.”

¹ Horripilante registro asirio de tortura y muerte, por Erika Belibtreu.

Eran un pueblo digno de temer.

El Versículo 8 de Isaías 8 nos dice que todo esto ocurrirá en la tierra de Emanuel.

Para muchos esto es difícil de comprender. Emanuel significa *“Dios con nosotros”*, pero ¿cómo podía Dios permitir que esto ocurriera? En sus corazones el pueblo se había rebelado contra Dios. Habían escogido la devoción a las cosas de este mundo y a los dioses paganos. Habían escogido una vida impía, y ahora se enfrentaban a las consecuencias de un mundo sin Dios.

La primera amenaza fue Israel y Siria. Entonces Isaías declaró que los enemigos podían ponerse sus armaduras, hacer planes y amenazas, pero no vencerían porque *“Dios está con nosotros”*.

El Señor advirtió a Isaías que no tuviera miedo de lo que el pueblo temía, sino que solo temiera al SEÑOR Todopoderoso. Isaías debía temer a Dios y no a los hombres. Así, Dios se convertiría en el santuario de Isaías.

¿Cuántas veces necesitamos que nos lo recuerden? Alguien dijo: “Si temes a Dios, no temerás nada más. Si no temes a Dios, temerás todo lo demás.” Esto no es solo el temor que se tiene ante un padre abusivo o un acosador en la escuela. Es el temor que se manifiesta en Marcos 4. Jesús y sus discípulos están en una barca en el Mar de Galilea. Entonces se desata una fuerte tormenta, hasta el punto de que los discípulos, que eran pescadores profesionales y sabían cómo manejar una barca, tienen miedo y piensan que van a morir. Jesús se levanta y habla a la tormenta y todo se tranquiliza. Entonces, en Marcos 4:41, encontramos estas palabras de los discípulos: *“Ellos estaban espantados y se decían unos a otros: —¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?”* Es una mezcla de sobrecogimiento y sentimiento de asombro ante alguien que no tiene parangón. Pero, gloria a Dios, Él es digno de confianza y bueno.

Isaías preserva las enseñanzas de Dios y confía sus instrucciones a quienes le siguen. Isaías declara: *“El SEÑOR ha escondido su rostro del pueblo de Jacob, pero yo esperaré en él, pues en él tengo puesta mi esperanza.”* Esto es fe y esperanza puestas no en lo que se ve, sino en lo que no se ve. No en el presente, sino en el futuro prometido. En los días venideros, cuando el pueblo de Judá busque consejo de los que hablan con los muertos, deberán ser redirigidos de vuelta a las enseñanzas y testimonio de Dios. Si los rechazan, será porque no hay luz en ellos. Entonces, angustiados y hambrientos, se enfurecerán y maldecirán a su rey y a su Dios. Mirarán el mundo y su oscuridad y serán empujados a las tinieblas.

Nosotros también debemos seguir esta enseñanza. Como el Salmo 119:11 nos indica, debemos guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones. En tiempos de dificultad no nos volvamos al mundo por soluciones. Volvámonos a la Palabra de Dios. Rechazar repetidamente volverse hacia Dios en medio de las pruebas puede ser una señal de que no se cree ni se pertenece a Dios en absoluto. Los que no tengan la luz de Dios andarán en la oscuridad, con angustia y pesadumbre. Entonces se enfurecerán, volverán su rostros hacia lo alto y maldecirán a su Dios y rey.

Este era el sombrío panorama para el pueblo de Judá al que Isaías habló. Su primer miedo era sufrir la derrota a manos de Israel y Siria. La segunda amenaza era el feroz ejército de los asirios, que era imparable en ese tiempo de la historia. Destrucción y muerte era todo lo que ellos podían ver.

En medio de su oscuridad y profundo miedo, se volvieron al mundo por respuestas y no encontraron nada, solo más desesperación. Pero Isaías y el remanente de los verdaderos seguidores del Señor encontraron refugio y santuario en Emanuel, Dios con nosotros, confiando en Él aun en medio de la destrucción anunciada. Viviendo en medio de un pueblo pecaminoso, ellos también experimentarían las consecuencias colectivas del pecado.

Isaías entonces profetizó sobre el nuevo día que vendría para el pueblo de Dios. Un nuevo día que duraría para siempre (Isaías 9:2-5):

“El pueblo que andaba en la oscuridad ha visto una gran luz; sobre los que vivían en densas tinieblas la luz ha resplandecido. ³ Tú has hecho que la nación crezca; has aumentado su alegría. Y se alegran ellos en tu presencia como cuando recogen la cosecha, como cuando reparten el botín. ⁴ Ciertamente tú has quebrado, como en la derrota de Madián, el yugo que los oprimía, la barra que pesaba sobre sus hombros, el bastón de mando que los subyugaba. ⁵ Todas las botas guerreras que resonaron en la batalla, y toda la ropa teñida en sangre serán arrojadas al fuego, serán consumidas por las llamas.”

Llegaría el día en el que las tinieblas retrocederían. Una gran luz resplandecería. La nación crecería, al igual que su gozo. Entonces Dios rompería el yugo que los había afligido, la barra que pesaba sobre sus hombros y el cetro de su opresor. Dios traería la victoria tal como lo hizo con Gedeón contra los madianitas, en Jueces 7. Los madianitas y sus aliados estaban acampados en un valle. Son descritos como una plaga de langostas. Sus camellos eran más incontables que los granos de arena en la orilla de la playa. Gedeón lideró a 300 hombres contra ese grandioso ejército, armados solamente con vasijas y antorchas ardiendo dentro. Aquel día Dios los condujo a una suprema y definitiva victoria de tal manera que solo Él recibiría la gloria. Dios vendría una vez más a ayudar al pueblo de Judá y traer una asombrosa y maravillosa victoria que solo él podía llevar a cabo. ¿Pero cómo se conseguiría esta victoria? ¿Con un ejército? ¿Con una estrategia política? ¿Con una alianza? No... con un bebé.

⁶ Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo; la soberanía reposará sobre sus hombros, y se le darán estos nombres: Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.

⁷ Se extenderán su soberanía y su paz, y no tendrán fin. Gobernará sobre el trono de David y sobre su reino, para establecerlo y sostenerlo con justicia y rectitud desde ahora y para siempre. Esto lo llevará a cabo el celo del Señor Todopoderoso. (Isaías 9:6-7)

Para ellos, y todos los creyentes que vendrían, el niño nacería y sería un regalo enviado por Dios (Juan 3:16). En estos dos versículos encontramos una descripción del carácter, las obras y el Reino del Mesías venidero. Este Mesías reinaría como Rey de reyes y Señor de señores, como responsable absoluto de su reino terrenal. Sería llamado **Consejero admirable**, porque Él sería fuente de divina y extraordinaria sabiduría, desde un corazón compasivo capaz de simpatizar con nuestra debilidad, pues Él también sería tentado en todas las formas, pero sin pecar. Estas eran muy buenas noticias para aquellos que vivían tiempos inciertos y confusos.

Sería llamado **Dios Fuerte**, todopoderoso, omnisciente y ubicuo. Esto eran noticias extraordinarias para aquellos que eran débiles y necesitaban desesperadamente un rescate. Este Mesías sería el

Padre Eterno. Esto sería una bendición para aquellos que necesitaban una figura de autoridad, un proveedor, un cuidador, un refugio y un cálido regazo. Este Mesías sería el **Príncipe de Paz**. Traería bienestar al corazón y restauraría la vida a como tenía que ser. Debíó de ser un gran alivio para los que necesitaban paz con los demás y paz con Dios.

Estamos hablando de títulos divinos. El Señor **“hace maravilloso el consejo”** en Isaías 28:29. Se le llama **“el Dios fuerte”** en Isaías 10:21. También es llamado **“Padre”** a lo largo de las Escrituras, y solo Él es **Eterno**.

Este niño crecería para gobernar un reino terrenal que no tendría fin. Él se sentará en el trono de David, como estaba prometido, para siempre. Su Reino se caracterizará por la paz, la justicia y la rectitud desde ahora y para siempre. Esto lo llevará a cabo el celo de Dios.

Una vez más Dios demostraba que Él es suficiente para todas nuestras necesidades, tal como dijo al pueblo de Judá en medio de su quebrantamiento. Un día llegaría, pero por ahora tendrían que creer y esperar en el Señor.

Esta promesa se ha cumplido hasta cierto punto, con el nacimiento de Jesús, pero, al mismo tiempo, todavía esperamos la segunda venida de Cristo. Ese es nuestro Adviento. ¿Cómo llevas la espera? A muchos de nosotros nos resulta difícil. En nuestros días tenemos microondas, comida rápida, Amazon Prime, Netflix... Ahora hacemos en minutos lo que solía tardar días, y aún así seguimos impacientes. Para captar estos versículos debemos entender la espera de una manera diferente.

En estos versículos Dios promete un Mesías que los oyentes originales nunca llegarán a conocer. Los judíos esperarán 700 años para su llegada. Antes de Su nacimiento, tendrán que soportar a los Asirios, Babilonios, Persas, Griegos y Romanos. Afortunadamente ellos miraban el mundo de una forma más corporativa. Aunque no pudieran experimentar los beneficios del Mesías, se alegraron en el hecho de que su pueblo, sus descendientes, algún día disfrutarían de Su gloria. Esta fue la esperanza que los sostuvo incluso en los peores momentos.

Dios no tenía que anunciar esta profecía con tanta anticipación, pero lo hizo. Dio a los judíos algo por lo que vivir, la esperanza de un día mejor, saber que Dios no se había olvidado de ellos, y la certeza de que al final todo se arreglaría.

De una forma muy similar, nosotros también esperamos la segunda venida del Mesías. En ese día, todo el pecado será echado fuera, todas las heridas serán sanadas, habrá justicia, y reinará la rectitud. La oscuridad será retirada, el miedo desaparecerá, los conflictos cesarán, y reinará la paz. Hasta entonces, vivamos con expectación, sabiendo que es solo cuestión de tiempo hasta que Cristo regrese y todo se restaure.

Cuestionario:

1. ¿Qué te pareció interesante o significativo de este sermón?
2. Isaías dijo: **“El Señor ha escondido su rostro del pueblo de Jacob, pero yo esperaré en él, pues en él tengo puesta mi esperanza.”** ¿Puedes identificarte con esta frase? Recuerdas un tiempo en el que tuviste que esperar en Dios?

3. Algunos de Judá no estaban contentos con lo que Dios les había dado, por lo que se volvieron a las cosas de este mundo. ¿Por qué crees que los cristianos son tentados a buscar las cosas del mundo?
4. A Isaías se le instruyó a no temer a los hombres, sino a Dios. ¿Por qué crees que nos importa tanto la opinión de los demás?
5. El niño crecería y llegaría a ser “Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.” ¿Cuál de estos nombres responde a tu necesidad hoy?
6. Si esperamos ansiosamente la vuelta de Cristo, ¿cómo debería esto afectar a nuestra manera de vivir?
7. ¿Qué necesitas recordar de este sermón?
8. ¿Qué necesitas hacer al respecto?
9. ¿Cómo podemos orar por ti mientras buscas poner en práctica lo aprendido?